

mas fervorosas no tienen mas modestia ni mas recogimiento. Todo lo que servia para el culto sagrado, y aun el piso de las iglesias, estaba con el mayor aseo. En los dias mas solemnes se regaba con aguas de olor, se echaban yerbas y flores aromáticas, de las cuales hay siempre mucha abundancia en aquel pais, se quemaban perfumes en los altares, se colgaban por todas partes festones de flores dispuestas con buen gusto, y se adornaba la iglesia por defuera con guirnalda de flores y de ramas olorosas.

Difícil sería espresar los sentimientos de Religión que escitaban estas fiestas en los neófitos; pero era particularmente visible la devoción en los que se acercaban á recibir la Eucaristía, que eran siempre muchos, porque el Pan de los ángeles tiene el mayor atractivo para aquellas almas inocentes. Casi todos comulgaban una vez al mes, muchos de ocho en ocho dias, y algunos con mayor frecuencia. Como los misioneros acababan siempre sus instrucciones con un acto de contrición que presentaba los motivos mas eficaces para escitar el arrepentimiento, resonaban entonces en toda la iglesia los suspiros, gemidos y sollozos. Llenos los neófitos de un santo furor contra sí mismos, se entregaban á unas austeridades y maceraciones que habrían arruinado su temperamento, á pesar de lo robusto que era, si no se hubiese cuidado de contenerlos. En el momento de la confesión era cuando mas se conocía hasta donde llegaba la delicadeza de su conciencia. Derramaban torrentes de lágrimas, acusándose de unas faltas tan leves que muchas veces se dudaba si podían ser materia de absolución. Aun fuera del tribunal de la penitencia, preguntaban á cada paso á sus pastores para saber si tal ó tal cosa es pecado; y si echaban de ver que cometieron alguno, aunque fuese por una inadvertencia, dejaban al momento sus ocupaciones, por urgentes que fuesen, iban corriendo á la iglesia, y no hallaban descanso hasta que descargaban su con-

ciencia, manifestándose tan arrepentidos y llorando con tal amargura, que el confesor no podia menos de mezclar sus lágrimas con las de ellos. Por eso era allí tan rara la reincidencia, como comun entre nosotros; y aquellos fieles solian bajar al sepulcro sin haber perdido la inocencia bautismal.

Continuamente se les estaba trayendo á la memoria la excelencia de este primer sacramento, como tambien el precio inestimable de la gracia que confiere, con la cualidad de hijos de Dios y herederos de su reino. Para ponerles diariamente estas lecciones á la vista, tenia cada iglesia su baptisterio cerca de la puerta principal, en una capilla adornada con mucho esmero. Con el mismo objeto estaban colocados los cementerios cerca de las iglesias, y nada se habia omitido en ellos de cuanto puede inspirar respecto hácia las cenizas de los que murieron despues de haber sido santificados por el bautismo y han de resucitar algun dia para no volver á morir. Por lo comun se reducian estos lugares á un espacio cuadrado, con tapias de vara y media de alto, y rodeados por defuera de palmas y cipreses. Por dentro habia muchas filas de naranjos, que sin particular cultivo crecen á una altura extraordinaria. Por el lado que miraba al campo habia una gran calle de naranjos y limoneros, que iba á parar á una capilla adonde se concurría todos los lunes en procesion á cantar la misa de difuntos; y al lado de esta calle habia de trecho en trecho unas cruces bastante grandes donde se detiene la procesion á cantar algunas oraciones análogas á la ceremonia.

Además de esto, se habian edificado fuera de las reducciones, á proporcionada distancia, muchas ermitas bien adornadas y conservadas. A ellas iba la procesion de las letanias en los dias de San Marcos, de las Rogaciones, del titular de la iglesia y del jubileo que anualmente concedía el Papa á aquellas nacientes iglesias. Pasaba por las calles de la Reduccion, que eran todas muy rectas, y tenían al

estremo una cruz grande y hermosa. En cada cruz se detenía la procesion, cantaban los niños en música alguna parte de la doctrina cristiana, y el pueblo respondia con cánticos. Desde la poblacion á las capillas estaban los caminos plantados de laureles, naranjos y otros árboles siempre frondosos: así la procesion se celebraba siempre á cubierto de los frios en el invierno y de los ardores del sol en verano, y de todo cuanto pudiera distraer á los fieles.

Aunque en todos tiempos era grande la piedad de aquellos nuevos cristianos, se aumentaba en ciertas fiestas del año, las cuales solemnizaban con cuanto magnificencia les era posible, y con un gusto que no parecería creíble en ellos. El dia del Corpus, por ejemplo, adornaban estraordinariamente, no solo la iglesia, sino tambien todas las plazas y calles por donde habia de pasar la procesion. La sencillez con que vivian solo les permitia emplear adornos campestres; pero los disponian con tal gracia y variedad, que por lo menos ofrecian un espectáculo tan magestuoso como nuestros tapices, pinturas y alhajas de plata. De trecho en trecho se formaban en las calles arcos triunfales de madera, la que se cubria con ramas de palma, laurel, mirto y naranjo, enlazados entre sí, con orlas y festones formados de las flores y frutas mas agradables á la vista. Los caciques suministraban una gran porción de pavos reales, de papagayos y de otras aves vivas de hermosos colores, de las cuales hay muchas á las orillas de los rios caudalosos, y principalmente del Paraguay, de donde toma este nombre, que significa *Rio de las plumas*. Estas aves estaban atadas del pie á los arcos triunfales con una cuerda bastante larga, para que pudiesen revolotear de rama en rama y manifestar mejor su bello plumaje. Abajo se ponian, de modo que no pudiesen hacer mal á nadie, ciervos, tigres, leones y otros animales feroces que se cogian vivos con lazos. Parecía que el designio de aquellos fieles era que todas las espe-

cies de criaturas reunidas rindieran homenaje á su Criador.

Las fachadas de las casas están adornadas casi por el mismo estilo, esto es, con yerbas olorosas, con flores, frutas y aves, y además con pan y tortas destinadas á la hospitalidad. Tambien se veian algunas piezas de tela sumamente blancas y guarnecidas de plumas, que por la variedad de colores y por el artificio con que estaban dispuestas eran por lo menos tan agradables como nuestras colgaduras mas preciosas. El piso estaba todo cubierto de hojas, flores y yerbas aromáticas.

Despues de la misa en que comulgaban todos, se formaba la procesion casi de la misma manera que en Europa. Iban delante algunas compañías de militares al son de tambores, pífanos, timbales y otros muchos instrumentos que nos son desconocidos, y hacian de cuando en cuando descargas de fusilería. Seguían despues en dos filas los hombres y las mujeres, separados como en la iglesia, los hombres delante y las mujeres detrás. El corregidor, los caciques, los capitanes, los alcaldes, regidores y demas personas condecoradas, iban al rededor del pábulo. Habia varios celadores respetables para conservar el buen orden y la modestia; pero estaban todos tan penetrados de una fé tan viva, que ni hombres ni mujeres, ni grandes ni pequeños desplegaban los labios como no fuera para cantar las alabanzas de Jesucristo, al cual respetaban del mismo modo que si le viesen con los ojos corporales. Los músicos divididos en varios coros tocaban piadosas sinfonías todo el tiempo que duraba la procesion.

Luego que esta entraba en la iglesia, algunos fieles de los mas virtuosos iban á recoger todos los comestibles que sirvieron para adornar las casas y los arcos triunfales, y los distribuian entre los enfermos y forasteros. Estos últimos eran tambien obsequiados con todas las demostraciones de la ternura fraternal por los particulares que los convidaron y



los hospedaban en sus casas. Se convidaba igualmente á los infieles, muchos de los cuales asistian por un efecto de curiosidad, y rara vez dejaban de convertirse en gran número á vista de un espectáculo tan á propósito para edificarlos. Algunas otras fiestas, y especialmente la del patron del pueblo, se celebraban, cada una en su género, con igual solemnidad.

Sin embargo de lo muy saludables que eran estas prácticas, no se ha de creer que los cristianos del Paraguay estaban reducidos á una devocion de aparato y al cuerpo mas bien que al alma de las virtudes. La mortificacion del corazon, aquella parte esencial de la vida cristiana que consiste en reprimir las pasiones, era la que principalmente caracterizaba á aquel santo pueblo (1). Bien notorio es que la crueldad, la incontinencia y la embriaguez eran vicios en cierto modo inherentes á la constitucion de aquellos bárbaros. En cuanto á este último, era tanto el horror que habian inspirado los misioneros á los neófitos, que la especie de cerveza á que daban el nombre de *chica*, y que tan funesta les fué en otro tiempo, era ya una bebida inocente y muy á propósito para dar vigor á los trabajadores. Las leyes severas que se habian publicado contra los que se embriagasen, habian venido á ser casi inútiles. Si les ofrecian vino cuando iban á las ciudades españolas, no querian ni aun olerlo, y mas de una vez respondian á los que se burlaban de ellos ó les hacian muchas instancias para que bebiesen, que sus manos convertian en veneno los dones del Criador y las cosas mejores por su naturaleza.

La incontinencia estaba igualmente desterrada de las Reducciones. Si sucedia algun escándalo en este punto, no dejaba de ser castigado al momento; y además se habian tomado todas las precauciones imaginables para

(1) Murat. c. 8.

evitar la corrupcion de costumbres. Casi todos los indios se casaban luego que llegaban á la pubertad; ni estaba espuesta á inconvenientes la poca edad y la inesperienza de estas cabezas de familia en un gobierno paternal, que teniendo á mano fondos comunes atendia á las necesidades de los hijos y aun de los padres. En cada casa no habia mas que el padre, la madre y los hijos. En los parages comunes nunca estaban juntos hombres y mugeres. Los pozos, las fuentes y los lavaderos estaban siempre en lugares descubiertos, de modo que pudieran verse por todas partes. Además, algunos ancianos respetables por su virtud no menos que por su edad, tenian el cargo de velar desde la mañana hasta la noche para que no se cometiera ningun desorden. Aun era mayor la vigilancia para que el santuario no fuese ocasion de ninguna caida. Todas las iglesias estaban divididas en dos partes, una para los hombres y otra para las mugeres. Se dejaba luego un espacio vacío, que llegaba desde el altar mayor hasta la puerta principal de la iglesia, además de la cual habia dos puertas colaterales, por donde se entraba y se salia ordinariamente: los hombres iban por la que estaba á su lado, y las mugeres por la otra. Cada lado se subdividia en tres partes. La primera estaba ocupada por los niños, que se ponian cerca de la barandilla del altar mayor. Detrás de ellos habia dos ó tres celadores. La segunda clase era la de los mozos, que se ponian detrás de los niños, y tenian otros celadores de mas edad. La tercera comprendia á los hombres de todas edades, los cuales tenian tambien sus celadores elegidos entre los ancianos mas respetables. Asi los pastores, ya por sí mismos, ya por personas de toda confianza, cuidaban en todas partes de las buenas costumbres.

Por la noche tenian emisarios secretos que les advertian inmediatamente de todo lo que podia exigir un remedio pronto. La noche estaba dividida en tres vigiliás. En cada una de

ellas se relevaban estos centinelas, los cuales parece que solo se ocupaban en procurar la seguridad del pais y en evitar toda sorpresa por parte de los salvages infieles ó de los mamelucos. Este cuidado y las continuas exhortaciones de los misioneros habian inspirado á los neófitos un grande horror al vicio. Los padres de familia repetian continuamente á sus hijos las lecciones de sus pastores, se esforzaban de todos modos en inspirarles una religion sólida y les servian de modelos perpétuos. Asi se ha visto muchas veces, que las doncellas de mas tierna edad se han dejado degollar por salvages infieles en mal convertidos, antes que prestarse á la menor confianza ó llaneza. En lo interior de las familias todo estaba respirando temor de Dios y trayendo á la memoria las obligaciones de la Religion. Sabian de memoria muchos cánticos piadosos que se les enseñaban desde la mas tierna infancia y los cantaban en los campos y en los montes cuando estaban trabajando, lo cual llenaba de admiracion á los españoles que recorrian aquellos paises. Todo lo que hablaban aquellos neófitos se reducía á cánticos y conversaciones piadosas. Jamás proferian ninguna palabra libre ni ningun juramento, y sabian preservarse del contagio del mal ejemplo cuando los europeos no guardaban en su presencia la debida moderacion.

Pero para evitar un peligro que tarde ó temprano llegaria á serles funesto, habian prohibido los reyes católicos á los españoles y á cualquiera otro neófito ir á las Reducciones sin una necesidad manifiesta, y aun entonces á nadie se permitia estar allí mas de tres dias, en cuyo tiempo recibian todos los auxilios de una hospitalidad generosa en una casa destinada á este efecto. En tales casos habia tambien la costumbre de que los acompañase á todas partes un indio de acreditada probidad para observar mas de cerca su conducta con pretexto de obsequiarlos; precaucion tan justificada por los efectos, que las poblaciones mas distantes del comercio y trato con los europeos eran las

que mas se distinguian en la inocencia y en el fervor.

En cuanto á la crueldad y la venganza, que antiguamente eran toda la gloria, y por decirlo asi, la principal virtud de aquellos bárbaros, no quedaba ya ningun vestigio de ellas entre los neófitos. Todos vivian entre sí como verdaderos y tiernos hermanos; siendo el carácter mas notable de su semejanza con los primitivos fieles el que espresan estas palabras de la Sagrada Escritura: *Todos los que creían en Jesucristo tenían un solo corazón y una sola alma*. El homicidio era en el tiempo que describimos una cosa todavia inaudita en las poblaciones cristianas del Paraguay. Casi lo mismo podemos decir de la discordia; y los pleitos, que tambien eran muy raros, se terminaban con tal prontitud y prudencia, que no dejaban ningun germen de enemistad.

En fin, aquellos salvages tan feroces en lo antiguo, eran afables, afectuosos y compasivos, y tan caritativos y generosos, que se habrían privado de las cosas mas necesarias, ya para socorrer á un infeliz, ó ya para contribuir al adorno de una iglesia, si no se les hubiese contenido en sus piadosas liberalidades. Era mucho mayor su caridad con respecto á los idólatras, á quienes de todos modos, y atropellando por todo género de peligros, procuraban atraer al conocimiento del Dios verdadero. Cuando se encontraba alguno en la Reduccion, aunque fuese de la nacion mas odiosa y contra la cual hubiera mas motivos de queja, era recibido con todas las demostraciones de una amistad sincera y con mil aclamaciones de alegría. Todos se apresuraban á obsequiarle: le daban casa y vestido: le presentaban lo mejor que tenian en sus habitaciones: le instaban á que se estuviese con ellos mucho tiempo; y si se resolvía á fijarse en la poblacion y abrazar la fé, habia una fiesta pública. despues de la cual se esmeraban todos en contribuir á que viviese con comodidad.

Para conservar un orden tan admirable,



y esta especie de república, que formaba como un pequeño Estado á parte bajo la proteccion y dependencia del rey de España, se necesitaba sin duda alguna una forma de gobierno y un régimen muy bien pensado (1). En cuanto al gobierno eclesiástico, los cristianos del Paraguay estaban sujetos, como todos los demas fieles, á la jurisdiccion de los obispos en cuyas diócesis se hallaban las Reducciones; y eran principalmente los de la Asuncion, Buenos-Aires, Córdoba y Tucuman. Como estas diócesis eran inmensas, y en lo general incultas y poco habitadas, no podia hacerse con frecuencia la visita episcopal de las Reducciones; pero esta parte fervorosa del rebaño no daba gran cuidado al primer pastor. Cada iglesia estaba comunmente servida por dos misioneros presentados por el superior provincial al gobernador de la provincia, el cual en nombre del rey los presentaba despues al obispo, de quien recibian la mision con las facultades necesarias.

Sin embargo, no dejaban los obispos de visitar algunas veces aquellas poblaciones, ya para administrar la Confirmacion, ó ya para tratar de algun asunto extraordinario; pero siempre para edificarse mas bien que para ejercer los derechos de su silla, y en ningun parte eran mas deseados que en aquellas piadosas habitaciones. Los misioneros y los neófitos los convidaban con iguales instancias. No habia mayor felicidad para aquellos buenos indios que la de ver, á lo menos una vez en la vida, á su primer pastor. Los misioneros por su parte tenian particular complacencia en que el prelado viese por sí mismo la piedad de aquellos fieles y el respeto que tenian á su autoridad.

Luego que se anunciaba la visita, se hacian preparativos para recibirle del mejor modo posible. Todos solicitaban con ansia el honor de servirle. Unos se encargaban de allanar los caminos por donde habia de pasar; otros querian servirle de guia ó de escolta contra los

(1) Murat. c. 14.

salvajes enemigos y las bestias feroces; y otros llevaban provisiones y refrescos á los parajes mas desiertos; y para que todo esto se ejecutase bien, poníase al frente algunos de los principales y mas instruidos de la poblacion. Ningun obispo ha dejado de derramar lágrimas de ternura al hacer estas visitas, viendo los religiosos testimonios del amor y respeto de los indios al padre de sus padres en Jesucristo, como tambien su inocencia, su regularidad, su fervor y el celo infatigable de los ministros evangélicos: lo cual puede verse en las cartas que con este motivo escribieron aquellos prelados á los Sumos Pontífices y á los reyes Católicos.

Era tan admirable el gobierno civil del Paraguay, que del pueblo mas pobre se habia hecho una nacion verdaderamente rica, pues no tenia necesidades y gozaba de la felicidad que se puede disfrutar en este mundo (1). Los europeos, acostumbrados al fausto y á lo que ellos llaman placeres, pensarán de muy distinto modo; pero considerada su suerte segun los principios de la sana razon, era verdaderamente preferible á la de las naciones mas florecientes de Europa. Una libertad que no tiene otros limites que los que prescriben las leyes: provisiones abundantes de todas las cosas necesarias á la vida: todos los muebles útiles y cómodos: habitaciones aseadas y sanas: union, paz y amistad: tales son las ventajas que se lograban en el Paraguay, y las que constituyen la verdadera felicidad en este mundo. Aquellos cristianos eran vasallos del rey de España; pero era tan ligero el peso de esta sujecion, que solo experimentaban los beneficios de una proteccion poderosa que la compensaba. Cada poblacion se gobernaba como una verdadera república, á ejemplo de las naciones que en lo antiguo estuvieron bajo la obediencia de los romanos para que estos las protegiesen.

Solo el corregidor era nombrado en las

(1) Murat., c. 5.

Reducciones del Paraguay por el rey ó por el gobernador de la provincia; y aun este empleo, que antes le servian los españoles, recayó desde 1767 en los naturales del país. El corregidor era como un intendente de provincia, y tenia toda la autoridad necesaria para conservar en ella el buen orden. Los demas empleados eran elegidos por los mismos indios el primer dia del año. Nombraban al mismo tiempo dos alcaldes, que eran jueces en materias criminales; y otros magistrados, así para la policia como para entender en los asuntos civiles. Tambien eran naturales del país todos los oficiales militares. No solo estaba prohibido á todo español egercer allí ninguna autoridad, sino que tampoco podian establecerse en las Reducciones, exceptuándose solo de esta ley el gobernador de la provincia. Todos los años se le presentaba la lista de los que habian sido elegidos para los empleos; y no dejaba de confirmar la eleccion, siempre que habia sido regular. Los alcaldes, juntos con el corregidor, tenian absoluta potestad para castigar á los que lo merecian, con tal que no se tratase de un delito capital y digno del último suplicio: cosa de que apenas se puede citar un ejemplar. En tal caso se remitía la causa al gobernador de la provincia, que era el único que tenia derecho para condenar á muerte á un indio. Aun en los delitos que se castigaban en las reducciones, nunca se usaba de todo el rigor de las leyes, sino que se conciliaba de tal modo la blandura con la severidad, que se contenian los desórdenes sin notable incomodidad de los habitantes.

El mismo miramiento se advertía en cuanto á los tributos que percibia la corte de España; pues solo exigía anualmente un peso fuerte por cabeza, y aun esta contribucion no se extendía á las mugeres ni á los que no llegaban á veinte años, ni á los que pasaban de cincuenta, ni á los salvajes que se hacian cristianos en edad avanzada. Todos los caciques, á título de nobleza, y doce indios empleados en cada

Reduccion en el servicio de los altares, estaban tambien esentos de este tributo. Por lo demás no tenian otra obligacion onerosa que la de ir á la guerra ó á fortificar las plazas cuando era necesario: lo que hacian con mucho gusto, porque en esto trabajaban para su propia seguridad, además de las gratificaciones ordinarias y extraordinarias que recibian de los reyes católicos (a).

Por lo tocante á la subsistencia, se señalaba á cada familia una porcion de terreno mas que suficiente para la manutencion de las personas que la componian. Los rios y los lagos estaban llenos de escelente pesca de todas clases. Abundaba la caza en los montes y en los campos. Se habian multiplicado de tal modo el ganado vacuno y caballar de Europa en las grandes dehesas del Paraguay, que era indecible su abundancia. En los montes se encuentran tambien muchas frutas buenas de comer, que se dan sin cultivo. Hay miel esquisita y cera muy hermosa. Las cañas de azúcar crecen por sí mismas en los parages húmedos. En cuanto al vestido y á las comodidades de la vida, todas las poblaciones estaban provistas de tegedores, albañiles, carpinteros, ebanistas, cerrajeros, pintores, escultores, grabadores y doradores. Las mugeres habian aprendido á hilar, coser, bordar y hacer todo género de trages. Pero ¿quiénes fueron los primeros maestros de tantos y tan diferentes aprendices? Sus mismos apóstoles y los Padres de sus almas, que haciéndose todo para todos en las cosas mas contrarias á la opinion, á la costumbre y á la naturaleza, trabajaban en los oficios mas viles y penosos para inspirar á los salvajes la aficcion á la vida social. Mereceria que se les erigiese estatuas aun cuando solo

(a) Por esta narracion, que mas bien peca de diminuta que de exagerada, puede juzgarse con cuánta inesactitud é injusticia han dicho algunos extranjeros que el gobierno español habia tiranizado á los americanos y chupado su sangre. (N. del E.)



hubieran formado una sociedad gobernada por la razón; sin embargo, aun hicieron mas, pues formaron una sociedad angelical.

No bastaba señalar á cada familia la porción de terreno que podia necesitar para su subsistencia (1); pues ya por los malos temporales, ó por las contingencias que pueden perjudicar á la cosecha, ó mas bien por el descuido de los labradores y por la natural indolencia de los americanos, que apenas piensan en el porvenir, muchos de ellos se hubieran hallado en el caso de carecer aun de las cosas mas necesarias. Pero en medio de aquellas sociedades nacies, se consideraban los misioneros como unos padres de familia, cargados de un gran número de hijos que no tenían todavía bastante esperiencia para manejar sus propios intereses. Por eso, además de la porción de terreno que se entregaba en buen estado á cada familia, se la daba la cantidad de grano necesaria para sembrar, con la condición de que [después] de la cosecha habia de llevar la misma cantidad á un almacén público, ó sea pósito, destinado al efecto, el cual, por medio de esta regla observada puntualmente, estaba siempre bien provisto. Tambien se prestaba á cada familia uno ó dos pares de bueyes, segun la estension de su campo, para labrarle: porque si fuesen ellos los dueños de aquellos animales, seria de temer que los inutilizasen en muy poco tiempo; pero como tenían obligación de devolverlos, ó á lo menos de presentarlos cuando se les mandaba, los cuidaban y conservaban con esmero. Además habia inspectores de acreditada actividad y vigilancia, con el cargo de recorrer los campos y examinar si trabajaban todos, si se sembraban y se segaba á tiempo, si se cuidaba el ganado y si se tomaban providencias para que la actual cosecha durase hasta la siguiente.

A pesar de todas estas precauciones, solian acabarse los viveres antes de concluirse el

(1) Murat. c. 16.

año, ya por haber estado enfermos, ya por haber sufrido alguna calamidad particular, ó mas bien por falta de economía y de previsiona; mas para evitar la mendicidad que de aquí podria originarse y que no se permitia en las Reducciones, y para no poner á los pobres en la necesidad de robar, estaban divididas de tal modo las tierras entre los particulares, que quedaba una parte considerable de ellas, la mejor y la mas fértil, la cual se cultivaba en comun y se llamaba *Tupambaé*, que quiere decir posesion de Dios. Estaba encargada su direccion á unos indios inteligentes y muy fieles que cuidaban de que la cultivasen los mozos de la Reduccion; y mientras trabajaban en esto, se les mantenía á espensas del público.

Todo el grano, legumbres y frutos de todas clases que se recogian en el *Tupambaé*, y todo el algodón que producian aun las tierras de los particulares, se depositaban en los almacenes públicos para distribuirlos despues á los enfermos, á los huérfanos y á los que, por desgracia ó por negligencia, se hallaban sin provisiones antes de acabarse el año. Esta masa comun servia tambien para alimentar á los artesanos, los cuales no percibian otro salario por su trabajo, y generalmente á todos los que estaban esentos de cultivar la tierra por razon de sus empleos, ocupaciones y viages para el servicio público. De aquí salia tambien el tributo que la mayor parte de los particulares apenas pensarian en pagar, y los viveres para cinco ó seis mil soldados que iban algunas veces á servir al rey de España, al que no costaban estas tropas ni un maravedí.

Fáciles son de conocer las ventajas inestimables que proporcionaba á los neófitos esta comunidad de bienes. Así conservaban aquella igualdad perfecta que es el mas firme apoyo de la tranquilidad pública. Estaban desterrados todos los principios de discordia, porque no se conocian las diferencias de condicion, de fortuna y de privilegios odiosos que dividen á una misma nacion en dos partes contrarias,

animadas siempre una contra otra, ya del desprecio, ya de la envidia. Todos los cristianos del Paraguay eran pobres, pero á ninguno de ellos le faltaba nada. No tenían oro ni plata, ni usaban de moneda: sus campos felices no producian estos peligrosos metales; pero tenían en abundancia las cosas necesarias, útiles y aun cómodas con respecto á su situacion. Las comodidades que no les proporcionaban las producciones de su suelo, como los instrumentos de yerro ó de cobre, las adquirian por medio de un comercio análogo á sus costumbres y semejante al de los primeros pueblos que en este punto no conocian mas que el cambio. Eran pocos, ó casi ninguno, los bienes propios que tenían, y en comun eran tan opulentos que hacian actos de beneficencia muy superiores á las facultades, ó á lo menos á la generosidad de los Estados mas florecientes. Si alguna de aquellas repúblicas pequeñas padecia escasez, ya sea por la intemperie de las estaciones, ya por la mortandad del ganado, ó por cualquiera otra contingencia imprevista é inevitable, reparaban estas pérdidas las Reducciones vecinas, sin exigir otra cosa que el mismo auxilio en igual necesidad.

El artículo del vestido no pedía menos atención que el de los viveres, atendida la indiferencia que tenían en este punto unos pueblos que antiguamente andaban desnudos. Se habian construido tiendas y talleres de todas clases en un gran patio que hay en medio de la poblacion, cerca de la casa y á la vista de los misioneros. Allí habia artesanos de todos oficios, y especialmente un gran número de tejedores que, mantenidos á espensas del público, estaban siempre ocupados en hacer telas de algodón para vestir de valde á los indios. Al principio de la semana se distribuía á las mugeres y á las niñas cierta cantidad de algodón que llevaban el sábado siguiente ya hilado y en disposicion de poder empezar á tejerle. De este modo se lograba tener todos los años mucha mas tela que la que

se necesitaba para vestir á todos los habitantes del pais, y el sobrante servia para aumentar los fondos del comercio. En el centro del Paraguay habia tambien una botica sostenida á espensas de todas las Reducciones, las cuales iban á ella por los medicamentos que necesitaban. Estas felices invenciones y otras muchas, en cuya enumeracion nos detendríamos demasiado, eran causa de que los indios viviesen muy contentos en aquel pais, y de que fueran á establecerse en él muchos infieles.

Muy luego nada tuvieron que temer las Reducciones, ni de la ferocidad de los idólatras, ni aun casi de los mamelucos, enemigos mucho mas formidables por razon de las armas de fuego y de la disciplina europea que habian conservado. En lo antiguo destruian aquellas habitaciones y arruinaron absolutamente algunas, cuyas reliquias fueron á establecerse en paises distantes, rompiendo y cultivando nuevas tierras con indecible trabajo. Para evitar tan funestas revoluciones, se habian formado en cada poblacion compañías de infantería y caballería, á ejemplo de las tropas españolas (1). Los primeros caballos que vieron los indios les causaron tanto miedo, que trepaban á los árboles como si les saliesen al encuentro tigres ó leones; pero luego llegaron á ser tan buenos ginetes, que su caballería era la que inspiraba mas terror á sus enemigos. Desde muy mozos se les enseñaba á manejar la espada, la pica y el fusil, sin abandonar el arco y la honda, y se daban premios á los que se distinguían en estos ejercicios. Todas las semanas pasaba revista el corregidor, por sí ó por sus tenientes, á las tropas de la Reduccion que hacian el ejercicio en la plaza mayor, la cual formaba un cuadro rodeado de casas de una misma altura, excepto el lado en que estaba la iglesia con la casa de los misioneros que era algo mas elevada que las otras.

(1) Murat. c. 18.

